

## Rehabilitar la política

Daniel Mansuy\*

*Nowhere has liberal philosophy failed so conspicuously as in its understanding of the problem of change* (Karl Polanyi)

Chile se está moviendo. Nadie sabe muy bien por qué ni en qué dirección, pero es obvio que cambios sustantivos empiezan a cristalizar frente a nuestros ojos. Tensiones acumuladas por muchos años salen a la luz. Digamos que, de algún modo, hemos ido perdiendo la timidez, y con ella varios miedos. Algunos han sugerido que necesitamos nuevos mapas y nuevos registros para entender a este nuevo Chile que emerge. Pero, ¿cómo dibujar una cartografía de aquello que aún está en construcción? El destino no está escrito, y de nosotros depende qué hacer con esta crisis, en el entendido que queramos hacer algo sustantivo con ella. Un poco por lo mismo, advierto desde ya al lector: no tengo mapa ni topografía precisa que ofrecer del nuevo país. Tampoco dispongo de programa ni de libro de recetas. Sólo tengo algunas reflexiones —algunas, optimistas; otras, más inquietas— sobre nuestro Chile que miro desde la distancia hace ya cinco largos años.

Chile se está moviendo, y sería injusto quitarle mérito a los estudiantes que fueron capaces de poner en la mesa un problema —la educación— que nuestras elites llevaban décadas mirando con una especie de complacencia indolente bien difícil de explicar. Esta crisis representa también una oportunidad para pensar y pensarnos, pues las reivindicaciones de los estudiantes no son sectoriales sino radicales, pues buscan ir a la raíz de nuestros problemas. No obstante, aprovechar la oportunidad supone evitar dos errores simétricos que han cometido casi todos nuestros hombres públicos. Por un lado, los más conservadores se inquietan si las cosas se mueven mucho, y demandan “paz social”, como si toda forma de conflicto fuera necesariamente perversa. Ignoran así que la confrontación puede ser fructífera y que no es malo mover el agua cuando lleva mucho tiempo estancada. La división tensa al cuerpo social, nos exige y puede terminar sacando lo mejor de todos. Naturalmente, para que esto ocurra debe ser bien llevada, y en eso faltó bastante prudencia. En cualquier caso, una

---

\* Daniel Mansuy (Valparaíso, 1978) Doctor en Ciencia Política y profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de los Andes donde integra el Grupo de Investigación en Filosofía Práctica. Es también columnista del diario La Tercera. Su correo electrónico es [dmansuyhuerta@yahoo.com](mailto:dmansuyhuerta@yahoo.com)

sociedad democrática no es estática sino dinámica, y eso provoca fricciones, tensiones y también movimientos de placas tectónicas que llevan largo tiempo durmiendo. Y tanto mejor: bien decía Montesquieu que allí donde reina la paz no hay auténtica libertad. Pero hay un error inverso, que consiste en ver en nuestros líderes estudiantiles como profetas, o como virtuales mensajeros del absoluto. Durante demasiadas semanas casi toda nuestra clase dirigente se puso literalmente de rodillas frente a un movimiento que tenía tantas virtudes como defectos, y que cometió errores gruesos. Así, muchos perdieron toda distancia crítica y toda reflexividad frente a un movimiento cuyas propuestas y métodos siguen siendo altamente discutibles. Los estudiantes pudieron entonces sentirse dueños del sentido y del curso de la Historia —y nada puede ser más excitante cuando se tienen veintitantos. Con todo, uno podrá disentir de los estudiantes en muchos aspectos, y sin embargo las preguntas formuladas conservan toda su pertinencia.

La radicalidad de sus preguntas obliga a dar razón de muchas cosas que en Chile han sido fruto de cierto consenso más o menos silencioso. Al cuestionar las bases de lo que ha sido el modelo chileno de desarrollo, sus preguntas nos obligan a deliberar sobre él, deliberación que en verdad nunca se ha llevado a cabo de modo explícito. El modelo fue impuesto en los años ochenta —al decir de Mario Góngora se trató de una planificación global (esto es: ideológica) impuesta desde arriba— y asumido luego por la Concertación en los hechos (aunque rechazado en los discursos, y ese desacople es en buena parte responsable del desconcierto actual). Deliberar: dar razón, argumentar, persuadir, explicitar los principios. Frente a estos desafíos inéditos, los apóstoles del modelo abren los ojos bien abiertos: ¿por qué cuestionar un modelo que nos ha hecho alcanzar niveles de desarrollo que ni soñábamos hace cuarenta o cincuenta años? Y tienen algo de razón: sería miope y necio negarse a ver cuánto ha cambiado Chile. Las dificultades de nuestros apóstoles vienen más tarde, en su incapacidad de entender que el modelo que tanto veneran produce dinámicas que no son convergentes con el propio modelo. Dicho de otro modo: son ciegos y sordos frente a las percepciones que genera la economía de mercado, son ciegos y sordos frente al desapego que produce la lógica capitalista en quienes la viven. Resulta cuando menos paradójico que estos apóstoles no vean ni entiendan los fenómenos producidos por aquello que ellos mismos pregonan: en verdad, son incapaces de dar cuenta de sus propias ideas. Su candor me recuerda aquella frase de Marx: los hombres hacen la historia sin saber la historia que hacen. Y esto ocurre por una razón muy sencilla: para ellos, es una cuestión de fe. Los apóstoles tienen fe en la utopía capitalista, y por eso les cuesta tanto confrontarla con la porfiada realidad que no se

ajusta a sus designios religiosos. Los apostólicos suelen ubicarse a la derecha del espectro político, donde comparten techo con una vertiente herética. Ésta última se caracteriza por su disposición a criticar el modelo de mercado, pero es una crítica más bien liviana, pues está hecha siempre a partir de necesidades políticas coyunturales. Por de pronto, los heréticos no son difíciles de reconocer: su discurso siempre tiene un cariz populista, y a veces más que un cariz. En rigor, la crítica de los heréticos es puramente táctica, y no apunta nunca al fondo del asunto. Por lo mismo, con excepción de los apostólicos, nadie se la toma demasiado en serio.

El punto decisivo que los apóstoles no ven es el siguiente: no hay nada más subversivo que el mercado, y lo es incluso respecto de sí mismo. Por eso también es tierna la leyenda que nos cuentan algunos progresistas, leyenda según la cual el mercado y el capital son conservadores. Es posible que puedan serlo en casos puntuales, pero la dinámica es exactamente contraria: el mercado revoluciona las condiciones de vida, y lo hace en todos los sentidos. Como decía Schumpeter, su desarrollo implica constante destrucción —y eso explica también las crisis cíclicas del sistema. El mercado no tiene ningún interés en conservar nada pues, muy por el contrario, busca cambiarlo todo constantemente. Y en efecto es tan camaleónico que incluso puede darse el lujo de reciclar a su favor los discursos alternativos de rebelión<sup>1</sup>. Se trata del más poderoso agente de cambio que la humanidad haya podido concebir, y por eso se equivocan medio a medios los progresistas que lo condenan, viendo un enemigo en su mejor y más eficiente aliado.

Esto nos obliga a tomar en cuenta otra dimensión del problema o, si se quiere, de la *situación política* del mercado en Chile. Desde hace un momento, la izquierda ha venido asumiendo para sí la bandera de los derechos individuales y del liberalismo moral. No obstante, esa toma de posición conlleva varias dificultades teóricas y prácticas. Por un lado, y esto lo han notado pensadores venidos de horizontes distintos como Tony Judt o Eric Hobsbawm<sup>2</sup>, al poner el acento en los derechos individuales la izquierda toma un atajo que, a la larga, le puede costar caro. Los derechos individuales que se discuten hoy pueden ser más o menos legítimos o discutibles, pero es imposible fundar en ellos una *acción común* o una auténtica *acción política*. Los derechos individuales son eso, individuales, pero la política se nutre más bien de aventuras compartidas y de destinos colectivos. La izquierda olvida

---

<sup>1</sup> Sobre este punto preciso, ver el instructivo trabajo de Joseph Heath y Andrew Potter, *The Rebel Sell: How the Counter Culture Became Consumer Culture*, 2004.

<sup>2</sup> Ver Tony Judt, *Ill Fares the Land*, 2010 y Eric Hobsbawm, *Intervista sul nuovo secolo*, 1999.

demasiado rápido que el liberalismo individualista es esencialmente *apolítico*. Más aún, la insistencia puesta en este aspecto permite suponer que la izquierda, de algún modo, renunció a pensar los problemas que realmente deberían preocuparle si quiere ser fiel a su propia tradición política e intelectual, que tienen que ver con la justicia social<sup>3</sup>. No pretendo discutir aquí la legitimidad o no de los derechos individuales —habría que ver caso a caso— ni presento un argumento decisivo contra ellos: simplemente constato que cuando la izquierda abandona la justicia para reemplazarla por la diversidad, es signo inequívoco su rendición al mercado —más allá de las palabras para la galería. En ese contexto, toda crítica al sistema se vuelve estéril, vacía y vana<sup>4</sup>. La izquierda, al asumir esa agenda, se priva de las herramientas intelectuales para elaborar una crítica coherente del mercado y sus efectos. Al sostener que una sociedad puede articularse en torno a la pura consideración de los derechos individuales, se asume una filosofía liberal cuya manifestación social más patente (y potente) es justamente el mercado. Para decirlo en simple: no hay nada más convergente que el progresismo moral y el liberalismo económico. Los presupuestos de ambas posiciones son estrictamente idénticos, y las dinámicas que generan ambos principios no sólo van en el mismo sentido sino que también se retroalimentan. George Orwell fue quien más profundamente se ocupó de este problema, y pocas cosas lo irritaban tanto como el doble discurso de cierta izquierda progresista, capaz de ensalzar cualquier manifestación que huelga a progresismo y capaz al mismo tiempo de criticar al mercado, que es justamente el motor de esa liberalización<sup>5</sup>. Para Orwell, una izquierda auténtica no tiene por qué necesariamente ser progresista: le basta con ser simplemente justa; y para pensarla proponía la noción de la *common decency*, noción que mercado y progresismo destruyen alegre y conjuntamente. Esto se puede explicar también del modo siguiente: el mundo progresista tiene enormes dificultades para juzgar el fenómeno mismo del cambio, pues lo mira siempre *a priori* como positivo y liberador respecto de un

---

<sup>3</sup> Sobre este problema, ver Walter Benn Michaels, *The Trouble with Diversity: How we Learned to Love Identity and Ignore Equality*, 2006 y Jean Claude Michéa, *Impasse Adam Smith. Brèves remarques sur l'impossibilité de dépasser le capitalisme sur sa gauche*, 2002.

<sup>4</sup> Un síntoma patente de lo que intento describir es el éxito del “libro” de Stéphane Hessel (*Indignez-vous!*, 2010), que ha vendido millones de ejemplares en todo el mundo. Si un texto que no contiene ni una sola idea (digo bien: ni una sola idea) ha podido convertirse en bandera y símbolo de movimientos de izquierda es simplemente porque ésta ha renunciado a elaborar una crítica del sistema, prefiriendo el cómodo (e inútil) registro de la indignación.

<sup>5</sup> Aunque suele creerse lo contrario, Orwell fue un hombre profundamente anclado a la izquierda. Su drama es que la izquierda no lo reconoció nunca como uno de los suyos, y se lo regaló así a la derecha —en lo que debe constituir uno de los desperdicios más extraviados del siglo XX. La singularidad de su posición se debe a su libertad de espíritu: Orwell nunca aceptó la dictadura de lo políticamente correcto ni ajustó sus opiniones al siempre variable tribunal progresista del momento. Su experiencia de la guerra civil española, y particularmente el comportamiento comunista para con trotskistas y anarquistas, le había comprobado que los progresistas también pueden equivocarse. A Orwell le interesaba más encontrar la verdad que ajustarse a la última moda ideológica.

pasado opresivo. Y esto ocurre necesariamente con las dinámicas inducidas por el mercado, que el progresismo —por definición— se niega a mirar con el menor ojo crítico, y lo seguirá haciendo mientras siga preso de una lectura hegeliana de la historia. Para apreciar bien esta realidad, basta leer con algo de atención a tipos como Debord y Pasolini, y considerar luego el rol de la publicidad y de la televisión en nuestro mundo: si el ejercicio se realiza con un mínimo de lucidez, las conclusiones no dejan lugar a muchas dudas.

Decía más arriba que me interesaba determinar la *situación política* del mercado en Chile. Y la verdad es que el panorama es un poco unilateral. La derecha, ya lo vimos, se divide entre apostólicos y heréticos, pero al final todos *creen* en las bondades infinitas del mercado. La crítica de la izquierda, por su parte, no tiene credibilidad. Esto no sólo porque durante veinte años administró el sistema sin ninguna reserva, sino también porque su crítica carece de coherencia interna. En verdad, sólo el sector ligado a la Democracia cristiana podría tener una mirada distinta, pero hace años que dicha colectividad muestra un encefalograma plano en cuestiones doctrinales.

Y sin embargo, me atrevo a decir que la tarea más urgente que tenemos en Chile es justamente llevar a cabo una *crítica política razonada* de lo que ha sido nuestro modelo en los últimos treinta años. Una crítica *razonada* supone abandonar las posiciones dogmáticas —tanto favorables como contrarias. No se trata de negar cuánto ha avanzado Chile en los últimos decenios, ni de considerar el pasado con nostalgia, pues ese pasado tenía muchas injusticias. Pero la correcta consideración de ese progreso innegable no tiene por qué obligarnos a cerrar los ojos frente a los posibles efectos negativos de ese desarrollo. Una crítica *razonada* es una crítica capaz de poner distancia con el objeto criticado, y eso supone poner distancia también con sus presupuestos filosóficos. Dicho de otro modo, la crítica del mercado no tiene ninguna posibilidad de llegar a puerto si no se abandonan las premisas individualistas que lo sustentan —y eso es algo que lamentablemente ni la derecha ni la izquierda parecen dispuestas a realizar. Digo también crítica *política* porque se trata de reivindicar cierta independencia de la comunidad frente a las lógicas del mercado, esto es, la libertad para pensarlo políticamente. No nos podemos permitir cerrar la discusión antes de empezarla, con alguna falacia del tipo “es el precio del desarrollo” —frase pronunciada generalmente con encogimiento de hombros. Si queremos tomar el destino en nuestras manos, entonces tenemos que emprender esta tarea, sin voluntarismos pero sin falsa resignación. Hay que meditar seriamente esa aseveración de Karl Polanyi, según la cual toda implantación de

una economía de mercado transforma inevitablemente la sociedad en sociedad de mercado. ¿Qué significa eso concretamente, qué ha significado en nuestro país? ¿Cómo ha ocurrido en Chile y con qué intensidad? ¿Qué efectos y qué consecuencias ha tenido ese proceso? ¿El costo ha sido alto, medio, bajo, nulo? ¿Nos gusta ese modelo, o bien querríamos cambiarlo o corregirlo? ¿Nos gustaría acelerar aún más el proceso, o más bien moderarlo, o quizás incluso revisarlo radicalmente? Estoy muy lejos de tener respuestas a todas estas preguntas, pero me parece ineludible formularlas, explicitarlas e intentar responderlas —en la medida que algo así sea posible.

Un trabajo de este tipo nos obligaría a considerar los efectos del modelo en todas las dimensiones de la vida social: trabajo, educación, familia, ciudad, medios de comunicación — por mencionar sólo algunos. No interesan tanto los casos puntuales como intentar asir la tendencia, el sentido del movimiento colectivo, pues no hay que olvidar nunca que una sociedad de mercado se está moviendo constantemente y sin pausa. ¿No habrá llegado el momento de considerar y de evaluar los cambios producidos por ese movimiento incesante? Por ejemplo, ¿qué significa hoy decir que los padres son los primeros educadores? Por un lado, sabemos cuán profundamente ha mutado la estructura familiar, y sabemos también que la monoparentalidad está lejos de ser una excepción. Por otro lado, no podemos obviar que los horarios de trabajo son cada vez más exigentes, y los desplazamientos cada vez más largos, por no decir nada de la creciente precariedad laboral. ¿Tienen tiempo los padres hoy para ejercer ese rol, están dadas las condiciones para que eso ocurra? Si la respuesta, como me temo, es negativa, ¿quién llena ese vacío? Probablemente la televisión y el colegio. Sin embargo, no sorprende a nadie si digo que la industria televisiva está muy lejos de tomarse en serio esa responsabilidad pues, gobernada por el mercado, su objetivo no es tanto educar como convertir a los televidentes en consumidores. Los colegios, por otras razones, no están en condiciones de hacerlo mucho mejor. Así, podemos ir alegremente a comprar al *mall* un domingo, o tarde en la noche de un día hábil, pero nos cuesta muchísimo hacernos la pregunta de si al hacerlo no estamos incentivando un régimen que tiende a disociar los espacios familiares, y tampoco estamos dispuestos a hacernos responsables de las consecuencias de un fenómeno de ese tipo. ¿Cómo se educa, quién educa en una sociedad como la nuestra? ¿Nos interesa de verdad el problema, o nuestros discursos son menos sinceros de lo que queremos creer? ¿Podemos tratar seriamente el problema educativo sin considerar seriamente el entorno más básico? ¿No correspondería quizás revisar las condiciones de trabajo, y acordarlas con objetivos sociales de más largo alcance? ¿No implica algo así entender que el trabajo no es

una mercancía que pueda transarse en el mercado sin consideraciones sobre su naturaleza singular? No es menos urgente pensar la ciudad, y las ciudades: vivimos cada día más apiñados, algunos empresarios se empeñan en construir torres cada vez más altas, los límites urbanos se extienden indefinidamente, y así se va perdiendo la dimensión humana que Aristóteles consideraba como decisiva para toda *polis*. En pocas cosas el mercado es tan falible como en la articulación entre territorio y población. ¿Y qué hemos hecho para torcer esa evolución? ¿O más bien nos descansamos en el imperio de la necesidad, renunciando así a cualquier acción política, a la mera posibilidad de tomarnos en serio la cuestión del territorio nacional? Al interior mismo de las ciudades, ¿quedan espacios auténticamente públicos o han sido todos privatizados? ¿Qué hemos hecho con el centro de nuestras ciudades, lugares donde por excelencia se vivía lo público? La versión más ortodoxa de la filosofía liberal suele ser incapaz de siquiera percibir la existencia de este tipo de problemas, pues tiende a pensarlo a todo a partir de monadas individuales, y pierde así la dimensión propiamente política inherente a las cosas humanas.

Asimismo, el propio funcionamiento del mercado se deteriora con el paso del tiempo. Los abusos tienden a ser más frecuentes, y hay industrias en Chile cuyo funcionamiento es simplemente inaceptable —como los bancos y las isapres, por dar sólo dos ejemplos. Por cierto, cada vez que ocurre un escándalo la reacción inmediata es la de clamar por más y mejor regulación. Y aunque la regulación puede ser necesaria en muchas ocasiones, dicho clamor olvida preguntarse si acaso esos escándalos no están inscritos en la propia configuración del sistema. Para decirlo de otro modo, la fiebre regulatoria no resolverá nada por sí sola, pues es una carrera sin fin: si el problema no es de reglas sino de hábitos, la sola regulación no basta si no va acompañada de algo más. Esto tiene que ver con el sustrato cultural necesario al correcto funcionamiento del mercado, sustrato que el mercado no sólo es incapaz de crear por sí mismo, sino que además tiende a destruir. El célebre panadero de Adam Smith puede contribuir al bien de todos persiguiendo su propio interés individual porque vive en una sociedad donde hay reglas intangibles que merecen respeto intrínseco y no meramente utilitario. ¿Qué hacemos nosotros para cuidar esos bienes culturales, indispensables para que la economía funcione, y para que la dignidad de las personas sea respetada en el legítimo intercambio de bienes y servicios? ¿O bien invalidamos estas preguntas de antemano porque nos parecen moralizantes y conservadoras?

Sé que avanzo rápido, y sé que todo esto requiere un desarrollo mucho más amplio que no puedo emprender aquí. Sé también que todos estos problemas están interconectados y que, en algunos casos, se trata de procesos de largo alcance no sólo atribuibles al sistema económico. En rigor, sólo me interesa llamar la atención sobre la necesidad imperiosa que tenemos de recuperar la política y de rehabilitar lo público como espacio de deliberación sobre aquello que queremos construir colectivamente. Es una tarea que ninguna otra institución puede realizar: ni los agentes económicos ni los individuos titulares de derechos pueden orientarnos en ese desafío. Descansarse en mecanismos anónimos implica renunciar a nuestra capacidad de decisión sobre nuestro destino, pues la vieja política es la única actividad que permite ejercer una auténtica libertad. Nos será imposible construir siquiera un atisbo de proyecto común sin tomar en cuenta la dimensión propiamente política presente en la tarea, y ese —creo— es nuestro principal desafío.